

La lluvia cae incesantemente: son ocho meses de agua. Ocho largos meses de desesperación, de humedad, de verdes monótonos, de campos olorosos a tierra mojada y de rostros que no reflejan otra cosa que el más absoluto aburrimiento. El trópico puede ser o no, un paisaje grandioso; de lo que no cabe duda es, que el trópico es un paisaje húmedo y de múltiples verdes de una gama casi opaca. Algunas mañanas, paréntesis del invierno, el paisaje es luminoso, pero de luminoso ciega, y las tardes, principalmente junto al mar, o en las lejanas montañas del valle de San José, son violetas entre celajes. Y un país como este tiene que dar tristeza; pocos humoristas, muchos

malos poetas, algunos novelistas y muy pocos pintores, y uno de esos pocos, es *Max Jiménez*.

A Max Jiménez no se le conoce en este su terruño; pero se le critica, mucho se le ataca desconociéndolo. Claro está que su valentía intelectual, su fuerza poética y narrativa en su original prosa, y su desconcertante pintura que asombra por la magia de colores y por la fuerza huma-

Max Jiménez, pintor

(En el Rep. Amer.)

na de sus inhumanas figuras, tiene que desconcertar a sus coterreños; llenarlos de asombro, y de burlas y de chismografía, alrededor de una de las personalidades más fuertes con que cuenta el país. Tal vez pasen muchos años, y me quedo corto en el decir, para que Costa Rica llegue a negar o a despreciar como actualmente lo hace, otra figura intelectual como la de Max Jiménez.

Para conocer al Poeta, hay que palpar el proceso poético del verso, estar dentro de su mundo, forjarse la ilusión de que el hombre es el poema y de que su belleza o su fealdad es la propia nuestra. Para conocer la angustia en la pintura, su proceso plástico, su cambio del papel a la tela, al fino pincel, a los colores, hay que ir más allá, mucho más allá del cuadro acabado y ver el dibujo. El dibujo que es como la sangre de la pintura, su esqueleto, su pecado íntimo; y cuando se ve el dibujo y se comprende, se abre un gran horizonte de conocimientos frente al óleo, frente al cuadro acabado y no importa dónde, ni cuándo ha sido ejecutado. El cuadro es el dibujo desarrollado, el cuadro es el pintor, su mundo de lucha, su angustia y su propia muerte. Max Jiménez ha pintado en Costa Rica, su país, ha pintado entre los rascacielos de Nueva York, ha pintado bajo el calor y el sol de Cuba y en el apacible estudio de París, y siempre, en todos esos climas y esas diversas latitudes, Max Jiménez es el pintor que deforma sus cuadros dentro de una fealdad que es belleza, dentro de una angustia que es lluvia, que es tristeza, que es prisión del trópico, que es el negro en Cuba sin hacer folklore, que es lo lejanamente indio de nuestra tierra, que es la tierra misma sin sentido, sin razón, sin porvenir, desolada, tierra de horizontes: tristeza que también se da dentro de todos los climas, porque como dice la sabiduría... "el mal tiempo y el buen tiempo no está afuera, sino adentro" y eso es lo que expresa Max Jiménez en su pintura, rica en colores, rica en técnica, rica en sugerencias. Casi no hay paisaje en la pintura de Max Jiménez, porque la razón del paisaje no está en la mente de Max Jiménez, que pinta no de afuera para dentro, sino de adentro para afuera, y eso lo da la figura, la figura que al más leve movimiento cambia y sugiere otras cosas, otras angustias. El paisaje desnu-

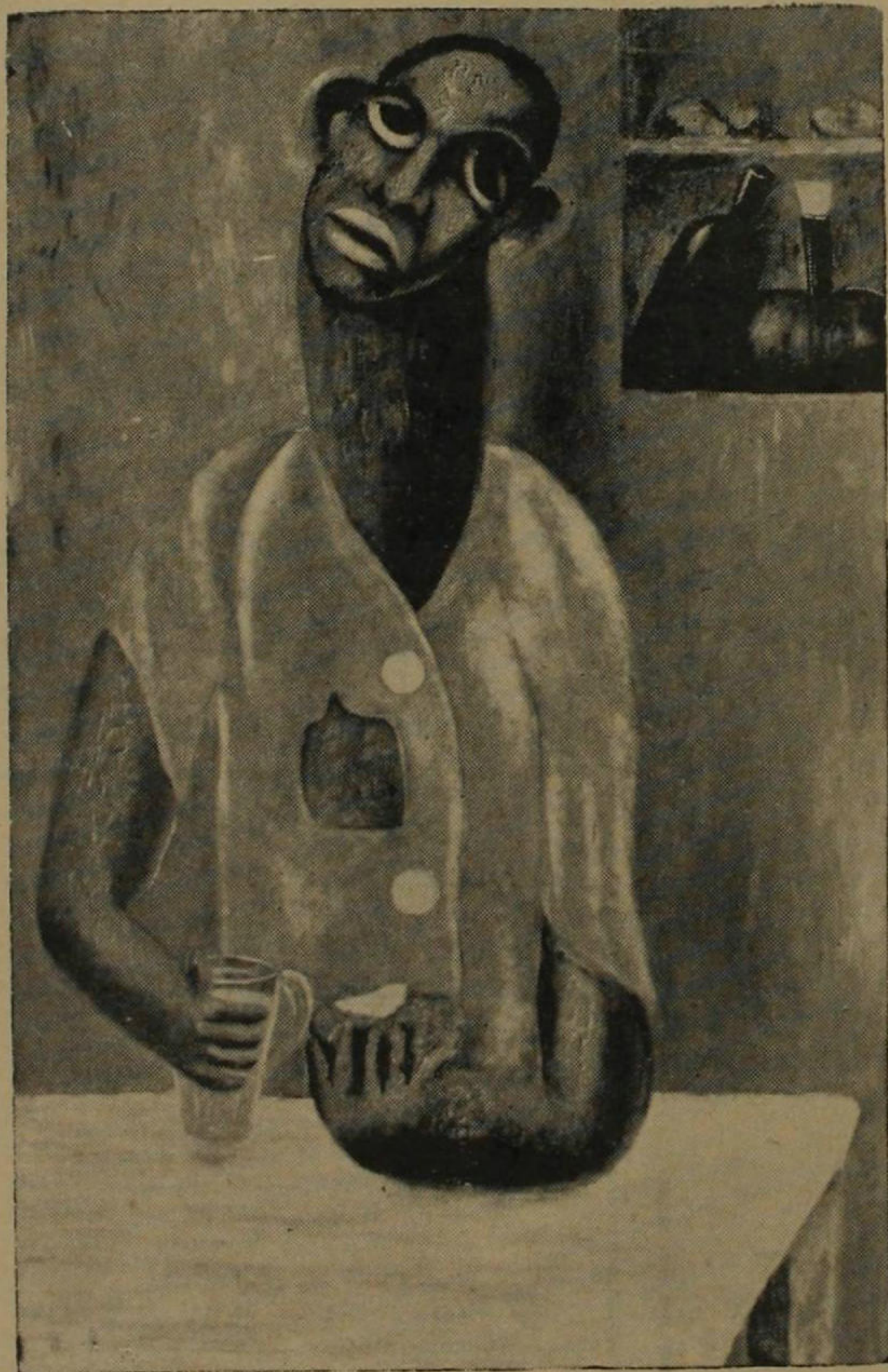
do está en el fondo, de una negra en celeste, de un vendedor de naranja, de un desnudo, de una playa con un mar tranquilo y en la playa dos macizas figuras que se hacen aire a pesar de su fuerza, persiguiendo una esfera que casi es el mundo. Claro está que ese mundo que persiguen, es aire o mar o sombras, o cualquier otra cosa que vemos, y que tocamos con los ojos, y a pesar de eso, es otro mundo, el mundo de Max Jiménez, el que Max nos da, el que de Max recibimos al ver y comprender su pintura, que es su pintura por derecho de estudio, por derecho de sensibilidad, por derecho propio exclusivo de expresar su gran mundo imaginativo, su gran personalidad. No podemos pedir que se respete el arte. Es mucho pedir, pero sí podemos y debemos pedir que se respete la soledad y la creación artística que de la soledad nace. Y Costa Rica todavía no sabe lo que a Max Jiménez le debe, con esas cosas que él hace, en su mundo imaginativo. Ya llegará el día de saberlo.

El artista nunca trabaja para el presente. Es el forjador de un mundo, el intérprete de sus humanas características, el visionario, el místico o el revolucionario. No es una clase la que puede comprender a Max Jiménez, porque no es un pintor clasista. Max Jiménez es un pintor del pueblo, como es un escritor del pueblo con su libro "El Jaul". Y es el pueblo, quien comprenderá a Max Jiménez. No concibo que un "señor" compre o busque un cuadro de Max para su moderna residencia. No es posible que eso suceda, talvez me equivoque, pero no creo que el "milagro" se produzca. Y sí creo, que al contacto con la pintura de Max, un trabajador, un hombre del campo, sienta el asombro y la magia que de ella se desprende, y si no la comprende, por lo menos la respete.

Hay que ver, y ver muchas veces los cuadros de Max Jiménez, hay que ver y ver muchas veces, la fuerza primitiva que de ellos sale, hay que sentir la maldición de la humedad del trópico, su angustiada tristeza, su soledad, su exuberancia de forma, para respetar y admirar la pintura de Max Jiménez, el Pintor.

Arturo Echeverría Loría

Costa Rica, 23 de mayo de 1945.



Café con leche.
(Cuadro de Max Jiménez.)